

MATICES

¿Qué hacer con la pobreza?

Ricardo Villasmil Bond

ricardovillasmil@hotmail.com

La pobreza, entendida como carencia o insuficiencia de medios con los cuales vivir una vida digna, ocupa un lugar preferente en la agenda mundial. Organismos multilaterales, académicos, políticos y artistas han convertido la pobreza en el enemigo número uno del mundo civilizado. Naturalmente, ello ha determinado la existencia de innumerables formas de atacarla, hecho que tiene la virtud de permitirnos comparar las bondades relativas de cada una de ellas.

Tal y como sucede en prácticamente todos los órdenes de la vida, los casos exitosos en la lucha contra la pobreza se diferencian del resto fundamentalmente en su aproximación inicial. Los menos exitosos se concentran en sus consecuencias y por tanto ven su solución como un asunto de caridad. Los más exitosos, por el contrario, tienden a concentrarse en sus causas, y por tanto, a ver su solución como un asunto de productividad.

De allí se desprenden concepciones radicalmente distintas para el Estado. El de los menos exitosos es un Estado que roba a los ricos para dar a los pobres. El problema con esta estrategia es que no acaba con la pobreza sino con la riqueza, ya que elimina los incentivos para producir y por tanto, al poco tiempo no queda mucho que robar. El Estado de los más exitosos, por su parte, se entiende a sí mismo como un socio de los empresarios. Quiere que todos sean productivos y hace lo que está a su alcance para remover los obstáculos que impiden que algunos no lo sean, facilitando el acceso a la educación, a la salud, a la capacitación laboral, al crédito oportuno, etc. Como socio que es, toma luego su parte de lo producido a través de una estructura impositiva diseñada para no afectar demasiado los incentivos a invertir. Y finalmente, utiliza de manera preferente tales ingresos en programas orientados a incluir a los excluidos, es decir, en elevar su productividad.

Como es de esperarse, los exitosos no logran sus resultados de la noche a la mañana. Crear instituciones capaces de proveer servicios públicos de alta calidad y de incentivar la inversión es una tarea lenta, pero sus frutos son seguros. Los menos exitosos, por el contrario, tienden a hacer alarde de logros de corto plazo cuando reparten la riqueza. En el largo plazo, sin embargo, los escuchamos culpando de su fracaso a los ricos. Bien lo dijo Confucio: "si un Estado es gobernado bajo los principios de la razón, la pobreza y la miseria serán objetos de vergüenza; en caso contrario, la riqueza y el honor serán objetos de vergüenza".